

Yukio Mishima

El sol y el acero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Taiyo To Tetsu*
Traducción de: Luis Murillo

Primera edición: 2010
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © The Heirs of Yukio Mishima, 1968. All rights reserved
© Luis Murillo, por la traducción, cedida por Círculo de Lectores, S. A.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-6443-9
Depósito legal: B. 34.127-2010
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	El sol y el acero
97	Epílogo – F104
115	Ícaro

El sol y el acero

Últimamente, vengo observando dentro de mí una acumulación de toda suerte de cosas que no encuentran adecuada expresión en una forma objetiva de arte como la novela. Un poeta lírico de veinte años podría plasmarlas, pero yo ya no tengo veinte años y, en cualquier caso, nunca he sido poeta. Así pues, he buscado a tientas otra forma que se adaptara a temas personales como éstos y he dado con una especie de híbrido entre la confesión y la crítica, un modo de expresión sutilmente ambiguo al que podríamos llamar «crítica confidencial».

Yo lo veo como un género crepuscular a medio camino entre la noche de la confesión y el día de la crítica. El «yo» del que voy a ocuparme no es el «yo» que concierne estrictamente a mí mismo, sino algo más, el residuo que queda después de que todas las palabras que he pronunciado redundan en mí, algo que ni concierne ni redundan.

Meditando sobre su naturaleza, llegué a la conclusión de que el «yo» en cuestión se correspondía exactamente con el espacio físico que yo ocupaba. En resumidas cuentas, lo que estaba buscando era un lenguaje del cuerpo.

Si mi ser era mi morada, entonces mi cuerpo era como un huerto alrededor de la misma. Una de dos, podía cultivar ese huerto en toda su extensión, o dejar que la maleza se adueñara de él. La elección era libre, pero esa libertad no era tan ostensible como se podría pensar. En efecto, mucha gente acaba llamando «destino» a los huertos de sus respectivas moradas.

Un día se me ocurrió la idea de cultivar mi huerto con todo el empeño posible. A tal efecto, me serví del sol y del acero. La luz del sol y las herramientas de acero se convirtieron en los principales elementos de mi labranza. Poco a poco, el huerto empezó a dar frutos y buena parte de mi conciencia fue ocupada por pensamientos acerca del cuerpo.

Todo esto, quede claro, no sucedió de la noche a la mañana. Y tampoco empezó sin que mediara una motivación profunda.

Cuando examino atentamente mi primera infancia, me doy cuenta de que mi recuerdo de las palabras precede con mucho a mi recuerdo de la carne. Imagino que, en general, el cuerpo precede al lenguaje. En mi caso, lo primero en venir fueron las palabras; después –tardíamente, a todas luces con la máxima renuencia y ya revestida de conceptos– vino la carne. Estaba ya, huelga decirlo, tristemente malograda por las palabras.

Primero viene el pilar de madera, luego la termita que se alimenta de él. Pero en lo que a mí respecta, las termitas estaban allí desde el principio y el pilar de madera surgió más tarde, medio carcomido ya.

Que el lector no me reprenda por comparar mi oficio con la termita. Esencialmente, todo arte que depende de las palabras utiliza su capacidad de carcomer –su función corrosiva– del mismo modo que el aguafuerte depende del poder corrosivo del ácido nítrico. Pero el símil no es del todo exacto, pues el cobre y el ácido nítrico que empleamos en el aguafuerte están a la par en el sentido de que ambos se extraen de la naturaleza, mientras que la relación de las palabras con la realidad no es la del ácido con la lámina. Las palabras son un medio de reducir la realidad a una abstracción a fin de transmitirla a nuestra razón, y detrás de su poder cáustico acecha inevitablemente el peligro de que las propias palabras sean corroídas. De hecho, sería más apropiado comparar su acción a la de un exceso de jugos gástricos que digieren y gradualmente corroen el estómago mismo.

Mucha gente se mostrará reacia a creer que semejante proceso pudiera darse ya en los primeros años de un individuo. Pero fue eso, sin duda alguna, lo que me sucedió a mí, allanando el terreno para dos tendencias contradictorias: una fue la determinación de avanzar con la función corrosiva de las palabras y hacer de ello la obra de mi vida; la otra, el deseo de hacer frente a la realidad en un terreno donde las palabras no jugaran ningún papel.

En un proceso evolutivo más «saludable», ambas tendencias pueden asociarse sin entrar en conflicto –aun en el caso de un escritor nato–, dando pie a un deseable estado de cosas en que el aprendizaje de las palabras lleva a descubrir de nuevo la realidad. Pero ahí lo que cuenta es el redescubrimiento; para que eso ocurra, es necesario, en el inicio de la vida, haber poseído la realidad de la carne no mancillada por las palabras. Cosa muy distinta de lo que me sucedió a mí.

Mi profesor de redacción solía mostrarse descontento con mis trabajos, que estaban exentos de toda palabra que pudiera considerarse acorde con la realidad. Parece ser que yo, a mi manera, tenía un presentimiento de las sutiles y meticulosas leyes del lenguaje, y que era consciente de la necesidad de evitar en lo posible entrar en contacto con lo real a través de las palabras si uno quería sacar provecho de su función corrosiva y eludir su faceta negativa; si uno, por decirlo de otra manera, quería conservar la pureza de las palabras. Mi instinto me decía que la única alternativa posible era mantener una constante vigilancia sobre esa acción corrosiva, no fuera que ésta se topara con algún objeto que pudiera corroer.

El lógico corolario de esta tendencia era que yo sólo debía admitir sin ambages la existencia de la realidad y del cuerpo allí donde las palabras no tenían parte alguna; realidad y cuerpo se convirtieron para mí en sinónimos, objetos, casi, de una suerte de fetichismo. Sin duda alguna, estaba ampliando inconscientemente mi interés por las palabras de forma que abarcara

también ese mismo interés; esta clase de fetichismo se correspondía exactamente con mi idolatría de las palabras.

En esta primera fase, me identificaba yo con las palabras dejando la realidad, la carne y la acción en el otro lado. No hay duda, por lo demás, de que mi prejuicio respecto de las palabras venía reforzado por esta antinomia creada premeditadamente, y que mi arraigada incomprensión de la naturaleza de la realidad, la carne y la acción se formó de la misma manera.

Esta antinomia descansaba en la suposición de que yo mismo estaba desprovisto de carne, de realidad, de acción. Es cierto, desde luego, que al principio la carne llegó a mí tardíamente, pero yo ocupaba la espera con palabras. Sospecho que debido a la tendencia que he mencionado antes, yo no la percibía, entonces, como «mi cuerpo». De haberlo hecho, mis palabras hubieran perdido su pureza. Habría sido violado por la realidad, que se convertiría así en algo ineludible.

Curiosamente, mi obstinada negativa a percibir el cuerpo se debía ni más ni menos que a una bella pero errónea concepción de la idea de cuerpo. Desconocía que el cuerpo de un hombre jamás se manifiesta como «existencia». Pero tal como yo veía las cosas, el cuerpo debería haberse manifestado, de forma clara e inequívoca, como algo existente. De lo que se sigue que cuando se manifestó irrefutablemente como una aterradora paradoja de la existencia –como una forma de existencia que rechazaba la existencia–, me entró el mismo pánico que si hubiera visto un monstruo, y en consecuen-

cia lo odié. No se me ocurrió pensar que para otros hombres –todos sin excepción– era lo mismo.

Posiblemente es lógico que este tipo de pánico, aunque claramente producto de un error de concepto, postule otra y más deseable existencia física, otra realidad más deseable. Sin llegar a imaginar que el cuerpo existente en una forma que rechazaba la existencia fuese universal en el varón, me puse a construir mi existencia física hipotética e ideal dotándola de todas las características opuestas. Y puesto que mi propia, anómala existencia corporal era sin duda producto de la corrosión intelectual de las palabras, el cuerpo ideal –la existencia ideal– debía seguir siendo, me decía a mí mismo, absolutamente libre de toda interferencia por parte del lenguaje. Sus características podrían resumirse en dos: taciturnidad y belleza formal.

Paralelamente, decidí que si el poder corrosivo de las palabras tenía alguna función creativa, había que buscar su modelo en la belleza formal de este «cuerpo ideal», y que el ideal en las artes verbales debía consistir tan sólo en la imitación de esa belleza física; dicho de otro modo, en la búsqueda de una belleza que estuviera libre de toda corrosión.

La contradicción era obvia, pues esto se concretaba en un intento de privar a las palabras de su función esencial y de despojar a la realidad de sus características esenciales. No obstante, en otro sentido, era un método muy inteligente e ingenioso de garantizar que las palabras y la realidad que debía ser su objeto no se vieran las caras.

Mi mente, sin percatarse de lo que estaba haciendo, contemporizó con estos dos elementos contradictorios y, divina, procedió a tratar de manipularlos. Fue así como empecé a escribir novelas; y ello aumentó aún más mi sed de realidad y de carne.

Mucho más adelante, gracias al sol y al acero, iba yo a aprender el lenguaje de la carne como quien aprende un idioma extranjero. Fue mi segunda lengua, un aspecto de mi desarrollo espiritual. Mi intención es hablar de ese desarrollo. Como historia personal, me temo que será distinta de todo lo conocido y, en consecuencia, extremadamente difícil de seguir.

Cuando yo era pequeño, me fijaba en los jóvenes que desfilaban por las calles en ocasión de la fiesta local de las reliquias. Estaban como embriagados por su tarea, y en sus rostros había un indescriptible abandono, un gran distanciamiento; los había que apoyaban incluso la nuca en las varas del relicario que portaban a hombros, de forma que sus ojos miraban al firmamento. Y a mí me obsesionaba el enigma de lo que esos ojos podían reflejar en aquel momento.

Mi imaginación no me proporcionaba pista alguna en cuanto a la naturaleza de la embriagadora visión que yo detectaba en aquel violento esfuerzo físico. Durante muchos meses, por tanto, ese enigma siguió ocupando mis pensamientos; no fue hasta mucho más tarde, después de que me iniciara en el lenguaje de la carne, cuando ayudé a portar en hombros un relicario y pude resolver al fin el misterio que me atormentaba desde la infancia. Aquellos jóvenes miraban simple-

mente al cielo. No había en sus ojos ninguna visión: sólo el reflejo del cielo azul y absoluto de principios del otoño. Empero, ese cielo azul era un cielo insólito que yo tal vez no volvería a ver jamás: tan pronto colgado allá en lo alto, como ya sumiéndose en las profundidades; siempre cambiante, extraña mezcla de lucidez y locura.

Con toda prontitud plasmé en un breve escrito lo que había descubierto, tan interesante me pareció mi experiencia.

En una palabra, había llegado a un punto en que no tenía por qué dudar de que el cielo que mi propia intuición poética me había mostrado y el cielo revelado a los ojos de aquellos jóvenes perfectamente corrientes fueran idénticos. Ese momento que yo había anhelado largamente fue una bendición que el sol y el acero me habían otorgado. ¿Por qué –podría preguntar el lector– no había motivos para dudar? Siempre que ciertas condiciones físicas sean iguales y haya una cierta carga física compartida, desde el momento en que se saborea un mismo esfuerzo físico y una idéntica embriaguez abrumba a todos por igual, las diferencias de sensibilidad individual quedan restringidas por innumerables factores a un mínimo absoluto. Si, por añadidura, se prescinde casi por entero del elemento retrospectivo, se puede afirmar entonces sin peligro que lo que yo había presenciado no era una ilusión individual, sino un fragmento de una visión de grupo claramente definida. Mi «intuición poética» no se convirtió en un privilegio personal hasta más adelan-

te, cuando empleé palabras para recordar y reconstruir dicha visión; mis ojos, en su encuentro con el cielo azul, habían penetrado en el *pathos* esencial del consumidor.

Y en ese cielo azul oscilante que, cual ave de presa con las alas extendidas, alternativamente se abatía y subía hasta el infinito, percibí yo la verdadera naturaleza de lo que siempre había llamado «lo trágico».

Según mi definición de tragedia, el *pathos* trágico nace cuando una sensibilidad perfectamente normal hace suya momentáneamente una nobleza privilegiada que mantiene a los otros a distancia, y no cuando un tipo especial de sensibilidad hace alarde de sus pretensiones. De ahí que quien juega con las palabras puede crear tragedia, pero no participar en ella. Es preciso, además, que la «nobleza privilegiada» esté cimentada en una especie de coraje físico. Los elementos de embriaguez y de claridad sobrehumana contenidos en lo trágico surgen cuando la sensibilidad media, dotada de una determinada fuerza física, atina con ese preciso momento privilegiado. La tragedia requiere una vitalidad y una ignorancia antitrágicas, y sobre todo una cierta «inconveniencia». Para que un individuo toque lo divino, es preciso que, en condiciones normales, no sea divino ni nada que se le parezca.

Hasta que yo, a mi vez, hube visto el extraño y divino cielo azul percibido únicamente por esa clase de individuo, no pude confiar en la universalidad de mi propia sensibilidad, no pude saciar mi sed, no se disi-

pó mi fe enfermizamente ciega en las palabras. En ese momento, participé de la tragedia de todo ser.

Una vez hube contemplado aquella visión, comprendí todas las cosas que hasta entonces me habían resultado borrosas. Ejercitar los propios músculos elucidaba los misterios creados por las palabras. Era un poco como adquirir conocimientos eróticos. Paulatinamente, empecé a entender el sentimiento que había detrás de la existencia y de la acción.

Si eso fuera todo, significaría tan sólo que yo había recorrido, un tanto tardíamente, el mismo sendero que otras personas; sin embargo, mi idea era otra. En lo concerniente al espíritu —me decía a mí mismo—, no había nada descabellado en la idea de que un pensamiento concreto invadiera mi espíritu, lo ensanchara hasta acabar ocupando la totalidad del mismo. Pero como empezaba a cansarme del dualismo de la carne y el espíritu, lógicamente se me ocurrió preguntarme por qué tenía eso que ocurrir dentro del espíritu y terminar en sus bordes exteriores. Ni que decir tiene que en muchas enfermedades psicosomáticas el alma extiende su dominio al cuerpo. Pero lo que yo me planteaba iba más lejos. Dado que mi carne se había hecho patente en la infancia con un disfraz intelectual, corroída por las palabras, ¿no sería posible revertir ese proceso, ampliar el alcance de una idea hasta que la totalidad del ser físico se convirtiera en una armadura forjada en el metal de ese concepto?

La idea en cuestión, como ya he sugerido en mi definición de tragedia, se concretaba en el concepto del